

Sótanos, por Ángel Fernández

Cada día emprendía mi camino desde la Av. Este número diez, cercana a Nuevo Circo, hasta mi universidad en Plaza Morelos. Solía avanzar por la avenida Lecuna, pasando por un gran número de comercios, para luego subir por la calle donde se encuentra el Teresa Carreño. Llegaba a mi destino, disfrutaba de las clases, y luego emprendía la misma ruta pero a la inversa. Era mi parte favorita del día a día.

En mi recorrido diario solía ver muchas cosas curiosas. Desde peatones nerviosos por el movimiento inquietante de la ciudad, hasta vendedores dispuestos a pelear con cualquiera de sus clientes. Podía ver el deterioro en los edificios que fueron de alto lujo en su época, los comercios que cada año ofrecían menos productos a causa de la escasez y grandes cantidades de autobuses, moviéndose errantes por toda la avenida mientras rompían todas las normas de tránsito posibles.

De todas las locaciones icónicas por las que pasaba, las que más se robaban mi atención eran las míticas torres de Parque Central. Aquellos gigantes simbólicos que se alzaban hasta el cielo como dos imponentes guardianes de concreto y cristal daban, la sensación de observarte desde los cielos. Encontraba fascinante todo lo que rodeaba a las torres: las leyendas negras que se vinculaban al nombre del complejo, el desgaste de los edificios que yacían junto a las avenidas principales y la suciedad que les rodeaba. Pero sobre todo, me llamaba la atención el aterrador calificativo de *zona roja* que se ganaban las adyacencias comerciales y residenciales, gracias a la inquietante soledad en las que siempre estaban sumergidas. Era el campo de juego de muchos de los rufianes de Caracas y podías considerarte afortunado si solo te quitaban tus pertenencias y te hacían pasar un mal rato. Otros no corrían con tanta suerte.

Uno de los misterios que más me atraían era el de los sótanos de las torres. Aquél escondido espacio en el que alguna vez hubo comercios, teatros y transeúntes. El mundo subterráneo que ya parecía borrado de la memoria ciudadana y que ahora correspondía a una leyenda urbana de terror, en la que nada era lo que parecía. Una versión curiosa y tercermundista de *la Dimensión Desconocida*, pero mucho peor porque existía entre nosotros, pese a que tratábamos de ignorarla.

Un día al pasar frente a las torres sentí un pequeño llamado instintivo. Me encontraba solo, y al verlas pensé en descubrir lo que ocultaban para mí cada mañana y cada mediodía. Como un joven Indiana Jones con sed de aventuras, me adentré en los, hasta ahora, desconocidos límites del complejo y caminé por la acera, dispuesto a bajar las escaleras que me llevarían al sótano número uno.

Había montones de basura, papeles, bolsas de plástico, envases, latas y cajas de comida que no pertenecían a ese lugar. La basura iba acompañada de manchas dejadas por diversos fluidos a lo largo del tiempo, y el aire estaba impregnado de un terrible olor a orine que aturdía los sentidos. También había algunos niños y perros vagando altaneramente por el complejo, como solamente los niños y los perros que buscan algo que llevarse a la boca antes del anochecer tienen permitido vagar. Para cuando estuve en la parte techada, justo antes de las escalinatas que llevaban al sótano, esa sensación de inseguridad que se siente en algunos lugares específicos de la ciudad comenzaba a subirse por mi espina dorsal.

No sabía qué podría encontrar debajo de mí. Tal vez una civilización perdida que finge dormir mientras una ciudad que nunca descansa pisotea estridentemente sobre ella. Quizás encontraría el hotel de todos los seres sin hogar del país más violento que existe, el refugio de los desamparados, de los indolentes, de toda la clase que se convence a sí misma cada día de que su hogar está en las sombras y en ningún otro lugar. Atravesaría algún vertedero inexistente, a donde van a parar todas las cosas olvidadas del universo. Me hallaría en el mausoleo más grande de toda Caracas, donde yacen todos los muertos sin nombre y sin historia, que tratan de recordar quienes son incluso después de la muerte. Estaría en el nido más grande de corrupción, donde todos los policías y malandros de la ciudad se reúnen cada fin de semana a jugar caída mientras cuentan sus grandes atracos de la semana. O quizás vería el corazón de las torres, que se encuentra chamuscado, apestado y apuñalado más de mil veces por todos los que han dejado morir lentamente a una ciudad que en algún momento soñó en ser algo grande. Y todo esto, en una visión moderna y fugaz del dantesco descenso a los infiernos caraqueños, del que no sé si saldré con vida y en el que ni Virgilio se atreve a acompañarme.

Me detuve frente a las escaleras, mi mente quedó en blanco y todo parecía confuso de repente. Escuchaba el eco de unos pasos y unas voces agitadas que salían desde lo oscuro de las escaleras. Mientras me esforzaba por escuchar el latido de mi propio corazón una detonación rompió el silencio, vi como parte del sótano se iluminó por unos segundos y volvió a sumirse en la penumbra.

De la oscuridad salió un hombre que guardaba en su bolso unos objetos que no alcancé a identificar. Me vio indiferente, sin detenerse, y siguió de largo hasta perderse en la calle. Detrás de él iba otro hombre que se veía más agitado y altanero. Este no dejaba de mirar hacia atrás mientras se levantaba la camisa para guardarse algo plateado que llevaba en la mano. Cuando me vio se detuvo en seco, sujetando con su mano una pequeña arma hecha en casa. Volteó una última vez hacia atrás, se quedó viéndome de arriba abajo y soltó una risa odiosa que rasguñó mis oídos. Dejando ver sus dientes chuecos se guardó el arma y murmuró algo que no comprendí en ese momento, para luego seguir el rumbo de su compañero. Tras unos segundos en los que mis piernas no dejaban de temblar, opté por bajar un par de escalones con lentitud y, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi un espeso charco negruzco creciendo bajo la silueta pobremente iluminada de un hombre tendido en el piso. Ya lo comprendía todo.

Metí mis manos en los bolsillos de la chaqueta que solía llevar regularmente y me di la vuelta, tratando de aparentar toda la calma del mundo, para volver sobre mis pasos como si nada hubiera ocurrido. En ese momento, asimilando todo lo que había ocurrido, comprendí las palabras del tipo altanero: «hoy no te tocaba». De esta forma, el misterio de los sótanos de Parque Central iba a seguir siendo un misterio para mí, y no volvería a pisar las adyacencias de la *zona roja*.